

IDEOLOGÍA Y CRISIS DEL MARXISMO

—Segunda Parte—*

JORGE ANDRÉS JARAQUEMADA ROBLERO**

Nuestro deseo es reflexionar sobre los cambios que se están produciendo tanto en la Unión Soviética como en Europa del Este, desde una doble perspectiva: desde el ángulo de las doctrinas políticas, lo que significa tomar como punto de partida el marco conceptual del marxismo; y en el nivel de las instituciones más importantes del sistema político, como es el caso del Estado y también el del partido, apuntando a ver cómo se termina por configurar un nuevo espacio en la sociedad civil. Como conclusión deseada de estos dos niveles de análisis queremos interrogarnos sobre si lo que está sucediendo apunta, tanto en el caso soviético como en los demás socialismos reales, a un cambio de sistema o un cambio dentro del sistema.

LA INTERPELACIÓN DOCTRINAL DE LOS CAMBIOS

Una simple lectura de prensa nos permite percibir que en Unión Soviética y en las experiencias de Europa del Este, los conceptos de mercado y de pluralismo, por ejemplo, se han introducido de manera novedosa. También acontece algo similar con los roles del Estado y del partido. Más a fondo, cabría preguntarse sobre el rol que juega la clase proletaria en el proceso de cambios, sobre la vigencia de la lucha de clases como motor de la historia, sobre la legitimidad del recurso de la violencia en la cuestión del poder y otros tantos aspectos más.

*La primera parte de esta investigación fue publicada como estudio en la revista POLÍTICA N° 24/25, diciembre 1990.

**Abogado, Investigador de este Instituto.

X. *Del Proletariado como clase privilegiada a un protagonismo plural*

El viejo Marx en su "Manifiesto Comunista" dice: "De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar" (1).

La realidad del curso de los acontecimientos fue desmintiendo tempranamente, y muchas veces por las vías más paradójales, tan categórica afirmación. En efecto, si uno considera la forma como se instalan en el poder varias de las experiencias del socialismo real, cae en cuenta de que ello no acontece en virtud de una revolución proletaria triunfante. No lo es, desde luego, en el caso de Alemania del Este, en que el carácter socialista del Estado fue una derivación de la ocupación soviética. No lo fue en el caso de Checoslovaquia, donde la manera de acceder al poder de Gottwald fue una serie de conspiraciones al interior del núcleo gobernante. El caso de Bulgaria tampoco puede mostrarse como un seguimiento fiel del camino marxista, por cuanto el Partido Comunista fue ganando posiciones al interior de un gobierno que parte siendo de unidad nacional, hasta que termina por forzar la abdicación del Rey.

No deja de ser paradójal que el único caso que en Europa se puede exhibir como la instalación de un gobierno socialista, fruto de una revolución, sea, precisamente, el que en su tiempo Unión Soviética excomulgó: el caso yugoeslavo. Ahora bien, si uno mira a América Latina, no podría sostenerse que ni la Revolución Cubana, ni veinte años más tarde, la Revolución Nicaragüense, sean en verdad culminación de una acción de vanguardia proletaria. El movimiento en contra de Batista, así como el que se enfrenta a la dictadura de Somoza, es pluriclasista, y con fuerte componente intelectual. La razón no puede ser más simple: ni en Cuba ni en Nicaragua existían proletarios en número abundante como para configurar un movimiento revolucionario, ni fue la cuestión del socialismo lo que primó en su momento para impulsar dichas revoluciones. El socialismo fue un concepto añadido después.

Todo lo que hemos dicho precedentemente es algo conocido y podría

(1) Marx Karl: "Manifiesto comunista" en Marx y Engels: "Obras escogidas" Moscú, Editorial Progreso, 1960, p. 41.

insertarse más bien en un debate sobre historia política. Pero lo que sí nos interesa señalar es que si el proletariado —tal cual lo entendió Marx— no tuvo mayor injerencia en la instalación de casi todas las experiencias de socialismo real, tampoco jugó ningún rol en la defensa de un sistema que a la luz del enfoque doctrinal marxista le era tan propio. Muy por el contrario, fueron los obreros polacos, o dicho en los términos del viejo Marx, el proletariado polaco, quien de manera insistente —en 1956, en 1970, en 1980 y en los tiempos más recientes—, los que expresaron su rechazo al socialismo real, y terminan por precipitar su colapso en los años 1988 y 1989. No se puede sostener, a este respecto, que lo que ellos hayan pretendido fuese una rectificación del sistema, es decir, que lucharan en contra de una desviación estaliniana del marxismo. Simplemente se cansaron que después de varias protestas se cambiase a los titulares del poder, para que todo siguiese igual. Eso es lo que los lleva a decidir enfrentarse con el sistema mismo y provocar su término.

¿Qué diría Marx si pudiese observar el comportamiento de los obreros polacos? ¿Si pudiese haber visto su reacción frente a la aplicación de sus premisas doctrinales más caras? Por cierto que estas preguntas son ahistóricas, pero pueden servir de pautas de discusión sobre la real vinculación entre la clase obrera, ese sujeto privilegiado de la doctrina marxista y las estructuras de poder del socialismo real.

No tenemos conocimiento tampoco que los obreros de Checoslovaquia, de Alemania del Este o de Hungría hayan concurrido presurosos a defender un socialismo que debería haberlos representado a la luz de los clásicos del marxismo. Seguramente varios de ellos votaron en Praga por los candidatos más conservadores. Una argumentación marxista diría que una grave carencia de conciencia de clase los llevó a caer en las trampas del capitalismo y de la burguesía. Pero si aceptamos tal predicamento, que es lógicamente coherente, tendríamos que convenir que el Partido, encargado de desarrollar la conciencia de clase, según Lenin, no cumplió adecuadamente su labor. ¿Por qué? O bien habría que preguntarse, siguiendo una inspiración de Antonio Gramsci, ¿no será que el socialismo nunca llegó a ser hegemónico en tales sociedades, y sólo acompañado con la fuerza que da la posesión del Estado, pudo ser tan sólo clase dominante?

Pero dejemos de lado el caso donde el socialismo real se ha derrumbado. Es ya una realidad que se presenta incontrarrestable. Queremos situarnos en el caso soviético, donde el socialismo real está vigente. Está en proceso de cambios, ciertamente, pero no está extinguido.

El proceso mismo, los planteamientos que ha formulado Gorbachov, apuntan, a nuestro entender, a establecer una sociedad más plural, con un protagonismo social más extendido —y no reducido al proletariado representado por el partido— para lograr así refundar un sistema social con una convocatoria más amplia.

En el plano de los conceptos fundantes nos encontramos con una crisis, que, a nuestro juicio, es definitiva, del concepto de proletariado. No puede ser aceptada su vigencia en los términos en que Marx, en la parsinomia del siglo xix, los describió y que ahora, todavía, algunos teóricos con más inclinación por la arqueología política que por la politología, pretenden tenerlo vigente.

2. *De lo absoluto de la lucha de clases a la aceptación del consenso*

Marx decía que la lucha de clases era el motor de la historia. Marta Harnecker profundizando esa premisa conceptual nos hablará que hay distintos niveles de lucha de clases: el económico, el ideológico y el político. Dirá “A medida que se desarrollan las contradicciones de la sociedad, la lucha de clases adquiere un carácter más agudo, hasta que llega un momento en que las clases oprimidas logran apoderarse del poder político y empiezan a destruir las antiguas relaciones de producción” (2). En otro de sus escritos, cuando habla de las fases de la revolución, plantea que la lucha de clases sigue vigente aun después del triunfo de la revolución, “cuando ésta logra su objetivo político, derrocar el antiguo poder e instaurar un poder revolucionario; desde ese momento empieza un nuevo desafío: realizar las transformaciones revolucionarias de esa sociedad en todos los terrenos” (3).

Nos parece estar ante otro concepto que ha caído en desuso, a menos que se quiera aceptar que en las experiencias del socialismo real, la lucha de clases ha terminado perdiéndose. En verdad, una lectura simplista —que suele darse en los militantes tanto de izquierda como de derecha que se guían

(2) Harnecker, Marta: “Los conceptos elementales del materialismo histórico”, México, Editorial Siglo xxi, 1973, p. 175.

(3) Harnecker, Marta: “La Revolución Social. Lenin y América Latina”, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1986, p. 146.

sólo por consignas discursivas— llevaría a sostener que en la etapa de la revolución triunfante, el proletariado y el partido no fueron capaces de volcar en su favor, a pesar de poseer el Estado, esa lucha y han terminado, como en los casos de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Alemania del Este, siendo desalojados del poder, para dar paso a un proceso de recomposición del capitalismo.

Pero, sin duda, el problema es más complejo que la mentalidad del viejo sindicalista que paga puntualmente las cuotas del partido, o de aquel empresario que por años vivió temeroso del comunismo, y ahora que no encuentra a quien temer, carece hasta de razones de vivir. Cabe preguntarse si, en las versiones más modernas del marxismo, ¿está o no presente el concepto y el principio de la lucha de clases? La respuesta nos la da Jürgen Habermas, neomarxista alemán que se inscribe en la tradición de la Escuela de Frankfurt.

Habermas opina que el concepto marxismo de la lucha de clases, ha de ser sustancialmente revisado. En efecto “ve como específico de las sociedades capitalistas industrializadas una latencia de la lucha de clases. Ésta no puede llegar a manifestarse directamente en una forma tal que ponga en peligro la estabilidad del sistema” (4). A mayor abundamiento, Gian Enrico Rusconi, un neomarxista italiano, apuntará a la necesaria búsqueda del consenso, como una exigencia de la racionalidad política. Comenta: “En la teoría habermasiana, la cuestión del consenso se convierte en componente constitutivo de aquella racionalidad o razón práctica que de buena gana es encarnada como obsoleta. En Habermas, por el contrario, se articula en una propuesta más amplia de teoría de la acción comunicativa” (5).

Parece inevitable la aceptación generalizada de que las sociedades efectivamente son plurales, que están compuestas por sujetos individuales en su base, y que ello plantea una serie de cuestiones disímiles entre los hombres. Por sobre las formulaciones teóricas, pensamos que nadie podría contraargumentar que no es la igualdad, sino la desigualdad la condición de vida más natural del hombre, y que precisamente en la desigualdad se encuentran factores de progreso, por cuanto el hombre se ve obligado a competir contra sí mismo (para superarse), contra el entorno (superar las dificultades del medio) y contra los demás. Postulamos que el hombre sólo tiene tres únicas

(4) Ureña, Enrique: “La teoría crítica de la sociedad de Habermas”, Madrid, Editorial Tecnos, 1978, p. 147.

(5) Rusconi, Gian Enrico: “Problemas de teoría política, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 38.

igualdades naturales: de origen (todos nacen de vientre materno), de naturaleza (por ser personas tienen una intrínseca e igual dignidad que los hace ser iguales ante la ley y ante el mercado), y de destino (todos los hombres somos finitos). En todo lo demás lo que prima es la desigualdad: en aptitudes, vocaciones, gustos, capacidades. La prueba más contundente del fracaso de los sistemas que se fundaban en el igualitarismo es que actualmente se están aceptando en las concreciones del sistema socialista las reglas del mercado que suponen dos cuestiones básicas: la individualidad del sujeto y la competencia como elemento primordial de la competencia.

Esto que está sucediendo no fue repentino. Ha sido un proceso rápido, es cierto, pero que ha tenido un desarrollo que no puede dejar de ser considerado. En efecto, en la experiencia polaca, un año antes del derrumbe se hablaba por el gobierno, de la conveniencia de consolidar un "pluralismo socialista". Se terminó creando un Consejo Consultivo, compuesto por figuras no pertenecientes al partido, con independencia intelectual, para que sirviese de cuerpo asesor. Sin duda que esto constituyó una apertura real del sistema, pero lejos de consolidar aquel pluralismo restringido, sirvió de palanca para impulsar a un ritmo más vertiginoso el colapso del sistema.

Al respecto comenta Brzezinski: "Estas concesiones reflejaban la debilidad del gobierno, su fracaso económico y su desorientación ideológica. El partido gobernante al refugiarse en el lema de 'pluralismo socialista', reconocía que habían terminado para siempre los días del monopolio leninista del poder". Pero este autor agregaba una reflexión en 1989, que se vería prontamente respondida por la propia realidad: "Pero el 'pluralismo socialista' que el partido ofrecía seguía estando muy lejos del pluralismo democrático, que exigía la sociedad en esos momentos. La sociedad buscaba no sólo el derecho a criticar y ofrecer soluciones al partido gobernante, sino el derecho a participar en las decisiones políticas y, a la larga, inclusive, el derecho de efectuar elecciones políticas fundamentales" (6).

Si en casos como el polaco, el húngaro, el checoslovaco, la fuerza de los hechos impusieron un sistema pluralista, hay varios indicadores que nos estarían indicando el hecho de que en el sistema soviético se marcha inevitablemente hacia ese punto. La renuncia al partido en el último Congreso de Yeltsin y del grupo más radical "Plataforma Democrática", y la circunstancia de que estas disidencias no fuesen condenadas y perseguidas como en

(6) Brzezinski, Zbigniew: "El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo xx", Buenos Aires, Vergara Editores, 1989, p. 158.

otras ocasiones, apuntan, sin duda alguna, a que se está avanzando hacia una sociedad plural. Pero con un pluralismo que empieza a ser admitido como inherente al quehacer social y no como expresión de una división de la sociedad en clases antagónicas y que, por lo tanto, estaría destinado a desaparecer en la utopía comunista.

El reconocimiento del fenómeno del pluralismo social, que se refleja de manera inevitable, es un argumento contundente en contra del postulado ortodoxo que enfatiza una lucha entre polos antagónicos, donde no cabía la conciliación, que terminaba dialécticamente en una síntesis donde lo singular se diluía en el todo. De otra manera, el comunismo vive la misma frustración que vivieron el fascismo, el nazismo y los esquemas autoritarios de Franco y de Salazar: cada cual a su manera quiso derogar al pluralismo social y político. Unos por una o un par de décadas en que imperó la más brutal de las violencias, otros por casi cuarenta años, inserto en una tradición que se emparentaba con el oscurantismo de la inquisición, y terceros que desde 1917 hasta los últimos años del siglo venían aplicando un régimen de partido único en nombre de una pretendida "Clase privilegiada". Todos ellos, más temprano o más tarde, han terminado fracasando. A su hora terminal, el pluralismo se ha vuelto a manifestar: en grupos culturales, en los intelectuales, en movimientos sociales, en grupos políticos. Lo que un día se quiso extirpar se pone nuevamente de pie. Es que la vigencia y la fuerza de las ideas liberales, no dependen de la codificación en complejos volúmenes, no radica en pensamientos que tienen la absurda pretensión de contemplarse a sí mismos como la culminación de la filosofía, ni debe ese vigor a la posesión mitológica de una clave para interpretar la historia. Arranca su fuerza de algo más simple, pero a la vez permanente: el hecho de que el hombre es individuo, y que lleva en sí la impronta de la libertad.

Pluralismo Social

3. *La revisión del recurso a la violencia en la cuestión del poder*

Lenin en su obra "El Estado y la Revolución" destaca de manera capital el rol importante —y positivo a su juicio— que desempeña la violencia como método político para alcanzar el poder y para, en definitiva, hacer que la revolución triunfe e imponga su proyecto. Citando él a Engels dice: "La violencia es el instrumento con la ayuda del cual el movimiento social se abre

camino y rompe las formas políticas muertas y fosilizadas". Con sus propias palabras, agregaba: "La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta" (7).

No es una concepción que se haya formulado para la coyuntura rusa de inicios de siglo. Por el contrario, el uso de la violencia como método político ha sido uno de los ejes más fundamentales del pensamiento leninista que se extendió por el mundo —y no solamente en un plano teórico y académico— con clara incidencia sobre la acción política. Ernesto "Che Guevara" escribía en 1963 que la guerra de guerrillas "es un método para lograr un fin. Ese fin, indispensable, ineludible para todo revolucionario, es la conquista del poder político" (8). Guevara no sólo teoriza sobre el foquismo guerrillero, sino que él mismo lo pone en práctica, primero en África y después en Bolivia, lugar desde donde pasó a la mitología.

Seguramente se podría argumentar que al citar al Che Guevara, se está haciendo historia. Y la figura de Castro más que indicar la de un líder mundial o regional, apunta a la sobrevivencia de un último dictador viviente en América Latina, en sucesión respecto de figuras —mitad crueles y mitad pintorescas— como las de Somoza, la del propio Batista, la de Stroessner, la de Trujillo. ¡¡ PINTOCHE !!

Hablemos entonces de figuras más actuales para indicar que la recomendación y el uso de la violencia como método sigue estando vigente en algunas mentalidades conservadoras. Shafick Handal, actual Secretario General del Partido Comunista Salvadoreño y Comandante del Frente Farabundo Martí, afirmaba hace algún tiempo: "A mi entender la cuestión de la lucha por el poder está ligada con demasiadas cosas, ante todo el problema de la vía de la revolución y del carácter de ésta. Si la revolución que madura en América Latina es la revolución socialista, de lo que se trata es de arrebatarle el poder a la burguesía, destruyendo su aparato burocrático-militar. Consideramos que este objetivo, en las actuales condiciones —y lo será por muchísimo tiempo— no puede conseguirse por la vía pacífica" (9). No sólo se queda Handal en la afirmación de la vía armada, sino que reprueba el

- (7) Lenin, Vladimir: "El Estado y la Revolución" en "Obras escogidas", tomo II, Moscú, Editorial Progreso, 1960, p. 319.
- (8) Guevara, Ernesto: "Guerra de guerrillas, un método" citado en Löwy, Michael: "El marxismo en América Latina", México, Ediciones Era, 1986, p. 263.
- (9) Handal, Shafick: "El poder, el carácter de la Revolución y la unidad de la izquierda", Buenos Aires, Editorial Libros del Retorno, 1986, p. 79.

hecho de que otros partidos comunistas no adopten tal predicamento: “Ellos perdieron la batalla por ganar a la clase obrera para el socialismo. Y simplemente se plegaron a ese proceso (democrático) y se convirtieron en partidos reformistas. Poco a poco han dejado de ser realmente partidos comunistas” (10).

El Partido Comunista del Perú es otro ejemplo de este arcaísmo teórico-político, que acepta la vía armada. En su caso, por cierto, se mantiene un doble estándar en que por un lado se está presente en el juego democrático participando en elecciones, y de otro se propicia la superación del sistema por la violencia. En el V Congreso del partido, de mediados de la década del 80 se decía: “La instauración del Poder Popular adquirirá inevitablemente características violentas”. A partir de esta afirmación se reivindica el principio de la lucha armada como una opción: “legítima y obligatoria, a condición de que sea la continuación de la política por otros medios y se apoye en la acción voluntaria de las masas”. Más adelante se plantea la conclusión de que “En el Perú la lucha armada revolucionaria adquirirá obligatoriamente el carácter de guerra popular” (11).

En suma, la tesis de Lenin sobre el recurso a la violencia como método político para conquistar el poder está vigente en cuanto postulado teórico y doctrinal, y también lo está en grupos —cada vez más pequeños, pero no menos peligrosos en sus respectivas realidades— que ponen en ejecución tal principio.

Sin duda que analizar este fenómeno en nuestros días resulta contradictorio. El mundo avanza hacia cambios significativos por medio del consenso, de la reforma, de la competencia política, de la alternancia en el poder. Se derriban muros y barreras ideológicas. La democracia como sistema deja de ser atributo de algunas opciones políticas para convertirse en un método universal. En Unión Soviética misma se ve un nuevo proceso, en que las normas de la democracia —que inevitablemente importa pluralismo— se van más que insinuando en el régimen político.

Sin embargo, quedan estos enclaves —por darle algún nombre— que son verdaderas ofensivas contra la modernidad. Los fundamentalismos políticos, aquellos de cruzadas fanáticas en contra de quienes consideran sus

(10) Ibidem., p. 111.

(11) Pásara, Luis: “El doble sendero de la izquierda legal peruana”, en revista Nueva Sociedad N° 106, Caracas, marzo/abril 1990.

enemigos, los portadores de un supuesto "bien" exclusivo y excluyente se han podido identificar claramente en los últimos decenios. Los fundamentalistas de derecha, aquellos corporativistas que ven demoníacas alianzas entre el liberalismo y el marxismo, que en algunos países aún usan entre ellos el Latín para no ser descubiertos por los "infiltrados", o que asignan a la fe un rol de preservación y protección, como en los monasterios de medioevo, frente a las ideologías "impuras"; estos fundamentalistas de derecha no trepidan en violar de la manera más cruel los derechos humanos de quienes son considerados sus adversarios. Los fundamentalistas religiosos y, concretamente, el fundamentalismo Islámico, que con el Khomeini mostró cómo era posible en pleno siglo xx revertir la historia, estableciendo una teocracia como régimen político. Ha sido un fundamentalismo fanático que ha empleado la violencia y el terrorismo. Y finalmente, debemos agregar este fundamentalismo marxista, de Castro, en Handal, de algunos partidos comunistas —como el peruano, como el chileno— que privilegian la confrontación, que estimulan la violencia, que siendo impotentes para usar las armas de la convicción en una competencia democrática, usan el medio del terror y del crimen para el logro de sus fines. Son crueles violadores de derechos humanos, pero hasta hace poco estaban protegidos por una suerte de complicidad oportunista, que guardaba silencio cuando aquellos atropellos se amparaban en postulados revolucionarios.

Derrotar a los fundamentalismos de cualquier signo significa hoy avanzar en el sentido de la historia. Y la mejor forma de derrotarlos, no es usando sus mismos métodos —lo cual implicaría ciertamente una contradicción—, sino librando una importante batalla en el plano de las ideas. Al fin y al cabo, las más grandes construcciones políticas que la humanidad ha conocido, han necesitado más que soldados que las defiendan, intelectuales que las divulguen. Los primeros pueden servir para repeler amenazas en un corto plazo. Los segundos, en cambio, sirven para reproducir y proyectar las ideas en el tiempo. Su campo es el largo plazo. Su domicilio es el futuro.

4. *Las crisis de la vanguardia*

Una de las cuestiones novedosas en el proceso soviético es, aparte de la separación del Estado respecto del partido, la disminución del rol de éste respecto del Estado. Es una reforma que aparece como inevitable, si en verdad

se quiere marchar a una sociedad plural con la concurrencia de varias opciones políticas que compiten por el poder político y se alternan en su ejercicio.

En las experiencias de Europa del Este, los partidos comunistas han terminado, de buena gana, o presionados por los hechos o empujados por la fuerza (como en el caso rumano) por dejar de lado el concepto de partido vanguardia y plegarse a un esquema plural.

Si desde el punto de vista político esto es importante, tiene un muy singular relieve en el campo de las doctrinas políticas. Lo que se está echando por tierra es otro de los pilares del leninismo: el concepto de partido vanguardia.

En la resolución relativa a los Estatutos Generales en el Congreso de La Haya de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1872, que a su vez resume la resolución IX de la Conferencia de Londres de la Internacional de 1871, redactada por Marx y por Engels, se dice: "En su lucha contra el poder de las clases poseedoras, el proletariado no puede obrar como clase si no se constituye un partido político propio, distinto y opuesto a todos los viejos partidos formados por las clases poseedoras. Esto es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objetivo supremo, la abolición de las clases" (12). Sin embargo, ninguno de los dos pensadores se ocupará en elaborar una teoría del partido político, ni elaborarán planes concretos para fundar un partido determinado. Más bien se apoyaron en agrupaciones sociales existentes.

Será Lenin quien elaborará una teoría del partido de manera acabada. En "¿Qué Hacer?" plantea: "La conciencia política de la clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica. La única esfera en que se puede encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí" (13).

Prontamente este concepto fue entrando en crisis. Se termina transformando en una sucesión de subrogaciones. En que el todo nacional "la población de un país" es subrogada por la clase privilegiada, que es el proletariado. Este, a su turno, como dice Lenin, dado que por sí sólo tiene

(12) Johnstone, Monty: "Marx y Engels y el concepto de partido" en Cerroni, Umberto et al.: "Teoría marxista del partido político", Córdoba, Editorial Pasado y Presente, 1971, p. 134.

(13) Lenin, Vladimir: "¿Qué hacer?" en "Obras escogidas", tomo 1, op. cit., p. 192.

conciencia espontánea, es subrogado por el partido. Y dentro del partido, son, en último término, las estructuras burocráticas las que deciden.

Esto último lo denuncia al interior del marxismo, Milovan Djilas, cuando dice: "A medida que la nueva clase (la burocracia) se va haciendo más fuerte y adquiere una fisonomía más perceptible, el papel del partido disminuye. El núcleo y la base de la nueva clase se crean en el partido y en su cima, así como en los órganos políticos del Estado. El partido, en otro tiempo vivo, compacto y lleno de iniciativa, desaparece para transformarse en la oligarquía tradicional de la nueva clase, que atrae irresistiblemente a sus filas a quienes aspiran a ingresar a la clase nueva y reprimir a quienes tienen ideales" (14).

En esta vía de subrogaciones los trabajadores en los países socialistas pierden la posibilidad de hacer oír sus demandas y de luchar por ellas. El derecho a huelga no les es reconocido por cuanto se trata de un gobierno que teóricamente es de ellos. De allí que las huelgas en el sistema socialista hayan tenido casi siempre un carácter de enfrentamiento con el sistema y que, como en el caso de Polonia, fueron precipitando la crisis terminal.

Pedro Celso Uchoa escribía en 1982 que en el socialismo real se vivía una seria crisis "no sólo porque sus pueblos rechazan el modelo económico, dadas las dificultades que sufren producto de una obsoleta y rígida centralización estatal y de la falta de participación popular, sino que en muchos de estos países repudian el propio sistema político, que es visto como incapaz de autorreformarse y proporcionar los cambios deseados dentro de los marcos institucionales establecidos" (15).

Es evidente para todos hoy en día que los conflictos de clase dentro de una sociedad, no se traducen necesariamente en conflictos políticos, sino que lo hacen a través de una compleja red de mediaciones. Los partidos de clase, de otro lado, han dado paso, en las propias formaciones de izquierda, a colectividades pluriclasistas. Resulta obvio que los conflictos de clase no agotan las contradicciones sociales, habiendo surgido nuevos problemas, tales como la cuestión del pacifismo, el ecologismo, los movimientos sociales y religiosos.

En buenas cuentas, no es posible tampoco que exista un partido vanguardista, porque la base en que se sustentaba: la clase estructurada y mono-

(14) Djilas, Milovan: "El partido como clase" en Lenk, Kurt y Neumann, Franz (editores): "Teoría y sociología crítica de los partidos políticos", Barcelona, Editorial Anagrama, 1980, p. 477.

(15) Uchoa, Pedro Celso: "¿Existe una crisis en la izquierda?" en revista Nueva Sociedad N° 61, Caracas, julio/agosto 1982.

lítica, conflictual por naturaleza, ha dejado de existir. La visión mítica que Marx planteó del proletariado ha terminado completamente desdibujada por la realidad.

Como bien lo anota Ludolfo Paramio, estamos no sólo ante una crisis del marxismo, sino ante la disolución de la utopía. En efecto, dice: “La esencia de la utopía es su unidad y coherencia. ¿Qué nos queda “se pregunta” si se disuelve el espejismo de la utopía? ¿Cómo podemos orientar nuestras propuestas de acción social si admitimos que no existe ya ninguna raíz única del enfrentamiento y del conflicto? El inevitable resultado del estallido de la utopía ha sido una profunda crisis del pensamiento marxista. Al desaparecer las propuestas globales también ha entrado en crisis la visión de la historia como proceso centrado y encabezado por un solo sujeto: el proletariado” (16).

(16) Paramio, Ludolfo: “Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo”. México, Editorial Siglo XXI, 1988, p. 172.